



salvar el desnivel, se levantó una escalera de peldaños de caliza.

La supresión de las murallas permite divisar, por encima de las tapias del corralón del ganado, las azuladas aguas del Mediterráneo.

Entre los dos almacenes y la balaustrada colocóse una gran mesa circular de piedra artificial rodeada de asientos de igual clase.

En la parte media del murallón del O. se abrió una gran puerta. Se construyeron 892 metros lineales por 5 de anchura, de avenidas de terrisco apisonado con una capa de grava.

Para nivelar el terreno se necesitaron unos 4.000 metros cúbicos de escombros, procedentes de las murallas y edificios que fueron derribados en este departamento, y de varias murallas del departamento de observación.

Se plantaron muchas acacias y pinos, y algunas palmeras.

En resumen, el aspecto del antiguo gran patio de los cinco almacenes ha variado radicalmente. Sus vistosos pabellones, extensas avenidas, y la amplitud del panorama, que desde él se divisa, claramente revelan que en estas obras han ido del brazo la higiene y la estética.

(Continuara)

CANçons

Se teva cara es un fregay, se méva un ramell de flos; aquí teniu es bavay més content qu'un ca emb un os.

Tot son mentides qu'esventan. Dívan qu'ha parit un bou. Qui du esclouits fa renou i qui du escarpins no i sentan.

Encara que som petit, faix la guerra a tot lo mon i en parla de formetjadas jo mé n menjaría un forn.

Pantarra, dixem passá que jo som un homo vey i tenc llicencia del rey i ningú en pot aturá.

DE AGRICULTURA MENORQUINA

En Menorca no se habla conocido nunca el paro de obreros agrícolas.

Se recordaban crisis en las industrias; de antiguo las hubo en las construcciones navales, en la de tejidos mediante los telares de mano que un tiempo eran muy numerosos en la Isla, en la de mollienda de trigo en los clásicos molinos de viento... Aquellas crisis fueron debidas a la evo-

lución de los tiempos y al uso de nuevos elementos industriales.

Los talleres de nuestros mestres d'ara no pudieron competir con las grandes factorías de construcciones navales; los telares de mano de nuestros modestos tejedores caseros hubieron de cesar ante el empuje de las importantes fábricas de tejidos; los molinos de viento pararon la rotación de sus aspas por no poder resistir en la lucha económica con los modernos establecimientos de mollienda mecánica. El oficio de tejedor desapareció de nuestra tierra; los de mestre d'ara y de molinero quedaron tan mermados y reducidos que ocupan escasezimo personal.

En compensación hubo otros oficios que necesitaron capitales y manos: la zapatería, la platería... Pero como las industrias no son permanentes más que en muy raras ocasiones y aún disponiendo de especiales elementos de dirección y administración, sufrieron también grandes crisis. Los monederos de plata, después de una breve temporada de florecimiento, no pudieron sostener los innumerables talleres y fábricas a que habían dado vida. La zapatería ha podido vivir con intermitencias que en ciertos casos producen angustia general; no en vano se trata de la más importante, casi la única industria isleña de exportación.

Sólo la agricultura ha seguido una marcha metódica y progresiva desde más de dos siglos. Nuestra isla, pobre y rocosa, azotada por la tramontana, castigada por las frecuentes sequías, hizo un esfuerzo colosal con relación a su insignificancia y una mutación total merced a la inversión de capitales por los propietarios, a una sabia organización de capital y trabajo, más adelantada que la de muchos países que aun se afanan en lograr una situación de justa armonía y no siempre tienen la fortuna de poder lograrla.

Por esto, cuando fuera de nuestra Isla se estudian nuestras instituciones económico-agrícolas, se observa con cierto asombro que un territorio tan apartado ha sabido establecer prudentemente un sistema social que merece alabanzas y hasta imitaciones, si bien éstas carecen del espíritu tradicional y originario en que reside nuestra superioridad, porque ha creado un ambiente de colaboración que otros países desconocen.

Al decir que nuestros métodos de cultivo, de explotación de la tierra, de administración de las fincas y de conducción de las mismas es prudente y tradicional, queremos significar que no es obra de una improvisación ni de una moda, sino producto de la experimentación, de la observación, de un largo y minucioso estudio en el que se ha sacado el máximo de la posibilidad de los aprovechamientos rurales.

Lo económico y lo social están íntimamente ligados en nuestra agricultura; su equilibrio está razonablemente medido; la menor alteración en uno u otro producirían la desnivelación y la ruina.

Esta discreta ponderación es la que evitó siempre en nuestro campo el paro obrero, la que

impidió que en las clases rurales se padeciese la miseria que se sufrió en otras regiones, la que elevó paulatina y firmemente el nivel de vida agrícola. Basta recorrer el agro menorquín, sus fincas y pueblos labradores, compararlos con los de otras naciones más favorecidas en otros aspectos y deducir consecuencias. Una antigua y hereditaria economía, con excelente previsión y administración; un ordenado vivir; un gusto especial por la casa limpia y bien puesta, por el traje decoroso, por todo lo que da dignidad y bienestar; una laboriosidad inteligente propia de quien sabe que ni con la ociosidad ni con el trabajo hecho de cualquier modo pudieron mejorar nunca ni los individuos ni las familias ni las naciones; ahí tenéis lo fundamental del campo menorquín, lo que permitió que el labrantín activo ascendiese a conductor de fincas, que el payés de una moria o de una estancia pasase con el tiempo a ser amítger de predio, que éste con sus ahorros pudiera retirarse en la vejez con un buen pasar o llegase a ser señor de hoo, y en una palabra que la población agrícola no fuese una clase cerrada y privada de esperanza, sino por el contrario, tan capaz de relativa prosperidad y mejoramiento como la industrial, la mercantil, etc.

Así como en éstas hay quien no puede pasar en la vida de ser mozo o dependiente, porque su inteligencia o su voluntad no dan más de sí, en el campo ha habido quien no ha podido ser otra cosa que jornalero. Conducir una finca y hacerlo bien, no es tan fácil como creen los que no conocen del campo más que las carreteras. Pero el payés despejado, activo, honrado y apto para ser conductor, si no ha tenido capital para entrar en una finca, ha hallado quien se lo procurase y muchas veces el mismo propietario, sin percibir intereses por el préstamo, ha sido su protector.

La buena armonía, base del sistema agrícola menorquín, ha sido la gran fuerza creadora de lo que es nuestra agricultura. Ella ha dispuesto siempre de los capitales que han aportado los propietarios para obras, mejoras, abonos, plantaciones, drenajes, contenciones y todo lo que ha hecho de una roca estéril un campo relativamente productor cuando el tiempo es favorable a la cosecha.

Pero las fincas de Menorca son caras. Además del terreno, hay casa para el payés y el propietario, era, pejar, boyeras, cuadras, abrevaderos, paredes de piedra seca, portillos con sus cierras (barreras), acequias, encadenats, etc. Todo eso requiere conservación constante, gasto asiduo, capital en circulación, que con el necesario para semillas, abonos, reposición de ganado, mejora de razas, arreglo de caminos y demás, exige un socio capitalista (el propietario) y supone trabajo no solo para los labradores sino también para albañiles, paredadores, araders, limpiadores de torres y acequias, carboneros, leñadores, podadores, calsiners, viñóvols, etc. En los últimos años, la plantación de frutales, algarrobos, almendros y otros árboles ha sido tan in-

tensa que ha ocupado numeroso personal. No es, pues, razón para paro ni lo hubo más que un casi siempre mitigado por los propietarios, rara vez faltaba medio de sacarse un jornal en bosques o marinas.

En plena normalidad, el paro no tiene que ser. Si lo hay es porque lo crean las circunstancias temporales o porque haya quien no encuentre un trabajo por conseguir otro más cómodo o mejor retribuido. En algunos casos tiene un carácter completamente artificial; es debido a la intención de sujetos que practican el sistema de crear conflictos donde no los hay, con el fin de justificar su intervención y quedarse en su beneficio, sin preocuparse del bienestar de ella.

Continuaremos otro día, porque hay materia y sustancia para rato.

UNAS BASES DEL TRABAJO

O regles per es qui fan teina al camp

Les he vistes i llegides a ses 17 regles presenten, dos subjectes, qui a caseva los regles i noltros no i que segurament son dos amítgers i per lo vist o be no son pagesos o son se n'enriven de la festa i a lo que veuen es d'amiés de per tot Espanya, es a Espanya, a fi de que no vagi res, doguent nos a bancarrota.

De ses 17 se'n pot dir que totes feren mal sensa profit, cuatre es Senyors, cuatre l'Amos amítgers i per force, de rebot, cuatre obrers o jornalers del camp, i si no es així ho demostrin, no en bases, sino en fetes; així ho prenguin una finca aquestos dos encluchats (en prenen tantes per se Península que un no farà bullir s'olla) i les posin en practica i ells faixin es miracle que volen que els altres xix de conrar i sembrar a s'us i costum del camp no fent més que sis horas en s'ivern i set en estiu, desde l'amo fins a nes darrer jornal, paguin per tot allá on passin i per le Mare Deu d'Agost, en haver fet munt i haver mesurat que no diguin a tots com les hi h'anal convencer-nos que nos mostrin es comptes.

Diven que ells fan aixó per amor a s'obrer i xix se'l volen fer seu. Mes seu se'l ferán el camp ho en practica el págan amb esplendentes cap de se setmana, o a cap de llogu, pero no te cap merit es di: i que fulano pagat ha sutano; sino aquest altre: per lo que tu m'has pagat tant i en paus, nengú li posera, així, reparo, al contrari, los aplaudirém i de gadesprés anirém amb ells a escola.

Quina diferencia he! há des segar a meser! com se diu per Menorca.

Ará qui s'economia nacional va per terra, qui tots els instruments están desafinats i totos productes del camp baixen de preu i que ni preu ténen, ara venen en ses cantongues pujar es jornal, de pagar mes se felna, des de disminuir es treball i per lo tant se treia.

Sembla cosa feta mes amb es peus que amb es cap, a no ser que a dalt ses espaldas doguin posat un poni d'escala.

Si aquestos jurats del trabajo, alegrint los quantes Bases mes, assegurasin, que

—No hi heurá a Menorca mes tramontanes d'aquí a n'endevant i així se podrá sembrar ves i faves per tot areu i a tant-i-volei.

—Que: es blat no tindrà mes cuc ni cap malailla.

—Que: cada any a mitjant Abril caurá una grossa, perque es sembrters poguin gressar goixar i així ses espigues anirán de tres a quatre.

—Que a tots es terrenos prims se les tres pams de terra de fondo, llevores ferren alre cantá, perque se treia seria mes segura, abundosa i per lo tant se podría dir un jornal, pero hi ha que tenir en conta que,

—Allá on no hi ha, el Rei o se República, hi part.

—Que allá on no n'hi ha, que no ni cerquin.

Y si creuen que lo que deim son desment que faixin se prova; ala, ja els esperam, i no deixierem amb un pas de nas i boca oberta.

FORD MAHÓN

No se halla en la isla de Menorca, como pudiera creerse, sino en la costa francesa del Norte, entre las desembocaduras del Somme y del Authle.

Regresaba yo de Bélgica en automóvil por la carretera ribereña y hacia estación en las ciudades importantes, en los sitios que por su belleza o su celebridad merecen una visita. Después de pernoctar en Brujas la encantada, crucé la frontera por la vía de Furnes y fui a Dunkerque. Pasé un par de días en Calais y, estudiando los mapas—aquellas admirables «cartes Michelin» de la serie «Les grandes routes de France»—saltó ante mis ojos con atracción irresistible un nombre: «Ford-Mahón».

He de ir, pensé al instante. Y después de almorzar en Boulogne—cuyo puerto, con sus restaurantes y sus guisos característicos, a la marinera, me recordaba la novela de Palacio Valdés, «La alegría del capitán Ribot»—fui a parar a la playa de Le Touquet, que ostenta gozosa el dictado de «Paris-plage» con bastante dignidad, tanto en su bella población costera como en aquella otra compuesta de quintas engastadas en las entrañas de un extenso bosque que es, cerca del mar, una maravilla.

Me iba aproximando a Ford-Mahón. Al otro día, luego de pasar por Berk-plage, llegué a la pequeña villa—menos de 600 habitantes—cuyo nombre me habla sido tan simpático.

Toda aquella costa del canal de la Mancha po-

(1) Artículo publicado en «La Vanguardia» de Barcelona de 31 diciembre de 1932.

see extensas playas—algunas de veinte kilómetros de longitud—no pocas famosas como las de Boulogne y Dieppe. Las villas ribereñas adicionan a su nombre el apelativo de «plage» para advertir que reúnen todo lo necesario para la estancia, diversiones y comodidades de los veraneantes. De modo que «Ford-Mahón-plage» significa que, aunque la menuda villa no está en los mismos arenales, se halla en fácil comunicación con ellos y dispone de todo el «atrezzo» sin el cual no hay hoy turismo posible: hoteles, quintas, casinos, fiestas, campos de deportes, buenas vías para viajes y excursiones, etc.

Pero todo esto no es más que lo que ofrecen y poseen centenares de poblaciones y playas. Lo que a mí me interesaba era el nombre de la villa. Ya poco supe su origen. Data del año 1756, en que el duque de Richelieu conquistó para Francia la isla de Menorca, ocupada a la sazón por Inglaterra.

La victoria francesa, primero por mar, junto a las costas menorquinas, y luego terrestre con la toma de San Felipe, el castillo formidable que defendía el puerto de Mahón, produjo en Francia una explosión de entusiasmo cortesano y popular. (1)

La conquista de Menorca representaba para Francia una adquisición valiosa en el Mediterráneo y un ruidoso desquite de las humillaciones que en Europa y en América había sufrido de la Gran Bretaña.

Tantos fueron los festejos con que se celebró la conquista, desde las residencias de los palaciegos hasta los más modestos pueblos, que en 1757 se pu-

(1) Véase mi estudio «Menorca en la literatura» ya citado.

LA HISTORIA DE LA ISLA DE MENORCA

Publicada en Londres en 1752 y 1756, por JUAN ANTONIO SÁPIA, Ingeniero al servicio de S. M. Británica en Menorca. Versión española de la segunda edición, por DON JUAN J. VIDAL Y MIR, Bibliófilo, y DON SÁPIA, Profesor de idiomas. Edición esmeradamente impresa en buen papel, reproducción de los grabados que ilustran la obra. Inglesa. Puede adquirirse en la Librería de MANUEL SINTES, S. L., Plaza de Pablo Iglesias 17, Mahón. Imp. de M. Sintes Rotger, P. Pablo Iglesias, 17.